

Dos perfiles docentes: ¿ayer y hoy?

Andoni Garritz

Esta editorial es en realidad una provocación. Mediante el uso de un poco de narrativa, quiero poner en entredicho algunos aspectos de la “buena docencia” a la luz de investigaciones y propuestas recientes. Lo haré mediante la expresión de dos perfiles. Si bien el primero es real (yo cuento por lo menos con un ejemplo que me permití calcar), el segundo es absolutamente ficticio y posiblemente impracticable o, quizá, también nocivo. Tal vez lo idealizado de este segundo perfil lleve a la catástrofe al momento de intentar ponerlo en práctica en el salón de clase. Su inclusión aquí es nada más un intento de búsqueda para acoplar los avances de la teoría del constructivismo a la praxis docente.

Hay maestros que repiten el mismo curso a dos o más grupos cada semestre, y así, todos los semestres, durante varios lustros. Por lo general, un profesor de este tipo llega a clase puntualmente, bien arreglado, y saca del interior de su portafolios una libreta de apuntes muy gastada. La abre en aquel punto donde se quedó la clase anterior de ese grupo —y de todos sus grupos— y dicta un ejemplo mientras escribe en el pizarrón el mismo dictado, con un sonsonete que tiene algo de adormecedor. Se molesta cuando alguien no tiene la pluma en la mano: “¿qué le pasa a usted, no va a tomar apuntes? Le advierto que va a reprobar, pues los ejercicios del examen son muy similares a los que expongo en clase”.

Para él es absolutamente injusto que los alumnos rezagados —que, por cierto, lo están porque no ponen atención suficiente— pidan explicaciones más amplias a un tema que ha sido expuesto con tal grado de perfección. Además, si recoge la solicitud, el aburrimiento afectará a quienes sí ponen empeño. Por ello se desespera cuando cualquiera pregunta, pues siente que pierde el tiempo. Además, peligra el acompasamiento perfecto de ese grupo con los otros que imparte y, lo más peligroso, quizás no pueda concluir el temario.

Lo tiene todo calculado para acabar el programa en el tiempo previsto. Rara vez le ha fallado este aspecto desde que ajustó sus notas magistrales. Por supuesto, rara vez entra en la agenda de su clase algún punto que no tenga que ver con el temario. La Universidad, el país o el mundo pueden estarse cayendo, pero él no se distrae con comentarios que contaminen su noble propósito

docente disciplinario.

Termina su clase con la misma puntualidad y espera al siguiente grupo en el mismo salón. Así lo ha pedido cada semestre para no perder la sincronía: son los alumnos los que se deben mover, no el profesor. Antes de iniciar con la primera palabra, borra cuidadosamente el pizarrón, se pone de pie frente al grupo, espera que disminuya el murmullo y vuelve a la página inicial. Y se repite la clase anterior, con el mismo ejemplo, como si fuera una reproducción de videocasetera. Ha trabajado durante años con ese ejercicio, perfectamente definido, que le pareció sensacional desde que, siendo estudiante, su profesor lo tomó de aquel libro estupendo en el que aprendió y en el que confía aún. Desarrolla pausadamente una solución algorítmica óptima para alcanzar el resultado correcto. A veces se preocupa de que la repetición mecánica del mismo durante tantos años le haga perder el énfasis sobre su importancia. Pero él se sabe buen actor y, en cuanto le invade dicha duda, hace actuar al personaje docente que lleva dentro, y se reconforta.

Este profesor no se preocupa mucho por la naturaleza y características de cada grupo de estudiantes y de cada uno de sus componentes. Entiende que al ingresar el primer día todos tienen iguales conocimientos y antecedentes, pues aprobaron la materia previa, cuyo contenido debe darse por visto, desde luego. Lo demás sería rebajar el nivel académico de su exposición, aburrir a los buenos alumnos, perder tiempo, en fin, todos esos riesgos terribles de la mala docencia. Su responsabilidad central es terminar el temario a como dé lugar. Ocasio-

nalmente tiene que dejar algún tema para el estudio fuera del aula, lo cual le molesta, pues piensa que sólo unos pocos alumnos lo harán a conciencia. Él no va a crear conflictos al profesor del semestre posterior. Ése es el problema más grave de la educación: las lagunas que no cubrió el profesor anterior, el ciclo anterior, la educación primaria, la preescolar, la casera...

Es celoso del orden absoluto en el salón. El aula es como un templo al que hay que respetar. No permite conversación alguna, so pena de anotar en el acta algún punto malo. Así, se siente orgulloso porque mientras dicta no vuela ni una mosca, lo cual habla bien del interés del alumnado por su clase. Se le refuerza, además, el objetivo de formar a sus alumnos en el hábito de la disciplina. La exposición magistral debe ser unidireccional y ejemplar, concibe.

Poco a poco, semestre tras semestre, ha logrado esta perfección cromométrica gracias a la conclusión de sus apuntes definitivos. No le preocupa mucho el avance incesante del conocimiento y la pérdida de actualidad de su exposición. Hay conceptos imperecederos suficientes en la disciplina como para no inquietarse en ese sentido.

En relación con la evaluación de los conocimientos, para cada tema ha elaborado tres exámenes de dificultad similar, los cuales aplica a diferentes columnas del salón, para evitar la copia. Al recoger las pruebas, las cuenta para asegurar que ninguna ha quedado en manos perversas que pudieran circular dichas hojas el siguiente semestre. Por la misma razón, no devuelve los exámenes calificados, sólo transmite verbalmente las notas y no acepta revisiones, pues califica con la certeza de ausencia de equivocaciones y aplicando criterios homogéneos de evaluación. Para quien asiste a clase y toma unos apuntes claros, el examen es pan comido, pues para resolver los ejercicios basta aplicar el procedimiento de rutina que enseñó en clase. Son mejores unos buenos apuntes que el mejor libro. Por eso es que insiste en que se tomen notas y, para garantizar que los alumnos asistan, pasa lista al inicio de la hora y la asistencia es un requisito insoslayable para tener derecho a examen. Pocos alumnos reciben una calificación reprobatoria, pero si algún alumno no acredita ése no es problema del profesor, es el problema del estudiante, es culpa de éste, no de aquél. Se trata de un problema de capacidades, quien no pueda avanzar a ese ritmo no debe aprobar, así lo marca el plan de estudios. Su labor es aprobar al que sabe y reprobar al que no pudo aprender. La evaluación existe, precisamente, para eso.



Frente al profesor descrito, que pone un esmero especial para que nada falle en su modelo de enseñanza, existen otros para los cuales importa mucho más el proceso de aprendizaje.

El profesor dos circula por los andadores unos diez o quince minutos antes de la hora de la clase, pues goza y sabe de la importancia de la conversación informal con sus alumnos, sea en los pasillos o en la puerta del salón, mientras espera que éste se vacíe. Esos momentos le ayudan a reconocer la faceta humana de sus estudiantes, los medios que toman y el tiempo que tardan en llegar a la institución, las penurias o libertades económicas de sus familias, y sus opiniones sobre política o ideología. Forman parte también de esa conversación los comentarios sobre problemas de horarios, suciedad de los baños, sobrecarga de trabajo, calidad de la atención en la biblioteca o el fotocopiado, profesores buenos y malos.

Conoce perfectamente los temas que debe abordar en el semestre, pero sabe asimismo que es imposible alcanzar a cubrir a plenitud la vastedad y profundidad de incisos del temario oficial. Los programas, razona, han sido elaborados por expertos de la disciplina para quienes la información es lo más importante. En el último ajuste curricular, una serie de tres asignaturas concatenadas se redujo a dos, pero nunca se hizo un ejercicio de síntesis. Los temas de los tres temarios ahora ocupan dos programas, pero nada se recortó “porque es impensable que un profesional deje de saber alguno de los temas incluidos”.

La clave no está, pues, en cubrir el programa, sino en cómo se cubre y lo que esto implica en términos de nuevos conocimientos, habilidades y valores adquiridos por el estudiante. El problema no es de velocidad, sino de calidad.

Concibe que la excelencia no debe medirse por parámetros simples, como el número de alumnos por computadora, el de libros en la biblioteca, los títulos y grados de los profesores o su tiempo de dedicación, el área por alumno o los proyectos de investigación en desarrollo en la institución. Todo lo que pueden reflejar esos números son medios, pero no fines de la educación. La excelencia debe medirse, más bien, por la contrastación entre unos bien trazados objetivos educativos y sus resultados concretos en los aprendices.

Con respecto a los propósitos, llega a ellos después de un largo y continuamente cambiante proceso de reflexión —personal y colectivo— acerca del para qué de su actividad docente. A lo largo del mismo ha llegado a convencerse que todo el proceso debe girar alrededor del estudiante. Pero, como cada estudiante es diferente de inicio, aprende por diferentes vías y tiene diversos intereses, sabe que el reto educativo de hoy es diferente

del de mañana, que no hay una sola receta ni una única respuesta.

El aprendizaje nunca puede ser independiente de quien aprende, no puede simplemente transferirse de una persona a otra como en el símil de un vaso que llena al otro o el de una pila que carga a la otra: la “transmisión” de conocimientos es un concepto sin sentido. Si bien el aprendizaje ocurre cuando el estudiante puede enlazar ideas que impliquen una construcción de significados personales, el proceso no ocurre siempre en forma aislada. Así, el salón de clase puede ser un lugar donde los estudiantes compartan sus propias construcciones personales y donde el profesor motive el aprendizaje retando a las concepciones de los aprendices.

Por lo anterior, para llegar lo más lejos posible en el terreno de los resultados, el profesor dedica buena parte de las primeras clases a perfilar a su grupo y a sus integrantes en lo individual: a conocer qué saben, lo que creen saber pero no han comprendido, las capacidades con las que cuentan, la actitud que desarrollan hacia el nuevo aprendizaje... Hasta entonces puede fijar sus propósitos y empezar a perseguirlos.

En el aula no hay reposo. Hay que motivar y hacer participar a los alumnos a como dé lugar. Hay que llegar a saber qué desean saber. Toda pregunta es bienvenida, pues dar una respuesta no sólo sirve para satisfacer la duda, sino para introducir una nueva pregunta, más orientada hacia el objetivo de cubrir los propósitos del curso. Por ello, el profesor no llega con ideas totalmente preconcebidas de lo que va a ser esa clase en particular. La trama de la clase la va construyendo sobre la marcha. El trabajo en el aula es un libro abierto y el profesor va a veces páginas atrás y otras veces páginas adelante. Todo avanza a la velocidad del objeto de la educación, que es el alumno, y sabe que cada ser humano debe concatenar ideas y estructuras que tengan un significado personal, si es que ha de aprender. Fundamentalmente, el aprendizaje ocurre fuera del aula, por lo que este profesor juzga de gran importancia el aprovechamiento de la energía y el liderazgo de los aprendices para encastrar las acciones y obtener su colaboración en la búsqueda de información, sea en materiales escritos, con entrevistas a expertos o mediante la realización de experimentos.

El maestro sabe que la realidad es muy compleja y que por eso la humanidad ha sistematizado arbitrariamente el conocimiento en compartimentos. Pero no se restringe en su clase a abordar solamente los conocimientos o habilidades de su disciplina. No. Hay que ir en busca de la síntesis, de la conectividad con otras

disciplinas y con otros problemas, de la formación de valores.

La educación es un asunto de formar seres humanos individuales, y lo individual siempre se pierde en la inmensidad de los fríos universos estadísticos. Para nuestro profesor el individuo cuenta, y cuenta más si se le forma en los valores de la dignidad, la paz, el respeto, la tolerancia, la democracia, la libertad bien entendida y el compromiso social.

Concibe que otra de sus funciones es que sus alumnos acaben capacitados para proponer soluciones factibles a problemas reales. Y como muchas veces los problemas del mundo real no están completamente definidos, no espera un único resultado como la “respuesta correcta”; no espera un sí o un no, y ya, sino un análisis de riesgos contra beneficios, de impacto contra costo, para cada respuesta alternativa; no espera tampoco una solución algorítmica, sino el fundamento heurístico de la respuesta elegida. Así, evaluar para él es medir qué tantas capacidades y conocimientos ha puesto en juego el alumno, cuál es el esfuerzo que ha realizado, qué tanto avanzó respecto a los objetivos trazados y con relación a su estado inicial.

Muchas veces solicita trabajos colectivos, para fomentar el espíritu de grupo, de colaboración y de contrastación de ideas. Ello promueve estrategias colectivas de aprendizaje, fundadas en la cooperación, el respeto y la distribución de las tareas. Así se enfrentan los problemas reales, cavila, con la confluencia de diversos enfoques disciplinarios y distintos criterios. En ocasiones, incluso, entrega exámenes para su solución en grupo en el salón de clase. Pero no para que un par o tres alumnos los realicen separados del resto, sino para que todo el grupo los haga. Le fascina constatar las diferentes visiones que aparecen, muchas complementarias, otras concurrentes. Finalmente, este profesor considera fundamental que en las discusiones aparezca la autoevaluación y la reformulación de las ideas a la luz de nuevas evidencias y experiencias. Ello es crucial también para la evaluación que del alumno haga el profesor.

Por más que este último perfil nos parezca más adecuado en el momento actual, quizá da miedo practicarle por la ruptura que implica de tantos paradigmas tradicionalistas y porque el enfrentamiento real a un grupo de alumnos es mucho más que su teorización.

Mucho nos falta por estudiar y discurrir sobre el fenómeno de la docencia. Cierro con una pregunta a la que debemos dirigir nuestra atención y nuestro análisis: ¿Qué es educar y cuál es la mejor manera para lograrlo, queridos lectores? ■